

## Gorgias y Helena

En una gruta húmeda y oscura, donde la única luz emana de un número muy reducido de veladoras, una fila de almas espera pacientemente su turno. ¿Su turno de qué? No lo saben, pero la fila es larga, y ya han esperado demasiado como para perder su puesto a estas alturas. Las almas no congenian, no discuten y no se quejan. Sólo avanzan, una tras otra, dando un paso al frente cada vez que la distancia se los permite.

Una de estas almas, que sigue su procesión obedientemente, puede observar a lo lejos la barca a la que todos se dirigen. —Ah, claro —afirma Gorgias, que ahora comprende que está esperando llegar al Río Estigia, para que el barquero le lleve al inframundo. Instintivamente, utiliza sus manos para sentir sus ropajes. Lleva una toga, y también encuentra una pequeña bolsa con dracmas para pagar su pasaje. Gorgias suspira con alivio, agradeciendo con un susurro a quien sea que haya cubierto sus ojos antes de quemar su cuerpo.

La fila avanza, y Gorgias está a veinte almas del barquero, presenciando idas y vueltas, así como la ocasional negación entre Caronte y las almas que llegan con las manos vacías. Aquellas almas que no son capaces de pagar su viaje, caen a sus rodillas, resignadas; algunas se arrojan al río desesperadas, hundiéndose casi de inmediato. Otras, impulsadas por una voluntad sin nombre, logran seguir nadando y se pierden en la distancia. —¿Habrán logrado cruzar, o perecieron en el intento? —Gorgias se pregunta con curiosidad mientras avanza la fila. Quedan cinco almas delante de él, y Caronte se lleva a la siguiente en la barca. Mientras espera paciente, logra ver en la costa a otra alma, que mira hacia el horizonte. Esta peculiar existencia no trata de nadar, y no se arroja al río, simplemente contempla los viajes de las otras almas, sin inmutarse en absoluto. Gorgias se encuentra intrigado, y surge en él un deseo ferviente de interrogar al espíritu.

Sin dudar, sale de la fila, provocando que las almas detrás y delante de él volteen con curiosidad a ver a quien ha dejado su legítimo espacio estando tan cerca del cruce. Gorgias avanza hacia el observador misterioso, mientras que las otras almas deciden dar su paso al frente. El retórico no mira atrás, sabiendo que el tiempo es lo que sobra estando en el inframundo.

Sus pasos son livianos, como si su cuerpo fuese una nube surcando un vasto cielo. Una vez que llega a su destino, la otra alma voltea, y revela su rostro inconfundible.

—¡Helena! —exclama Gorgias, satisfecho con su decisión.

La mujer se muestra medianamente sorprendida por el entusiasmo del hombre, pero después vuelve su vista al amplio río. Es Helena de Troya, la mujer por cuyo amor se desató una guerra.

—¿Has venido, como muchos otros, a maldecir mi nombre? ¿Con tu último aliento me escupes antes de hundirte tú mismo en el vacío?

—De ninguna manera, Helena. He venido a preguntar, sin saber quién eras, ¿por qué te encuentras al borde del río sin poner fin a tu estancia perpetua, o sin tomar tu turno para pasar al inframundo?

—Es más que claro, hombre cuyo nombre ignoro-

—Gorgias —interrumpe brevemente.

—Es más que claro, Gorgias. Nadie se ha encargado de mi cuerpo. Nadie ha querido, o me han olvidado. No tengo el pago que exige Caronte, y no he podido cruzar al inframundo.

—¿Y por qué, disculpa la pregunta, no te has arrojado al río, ya sea para hundirte o tal vez cruzar, como he visto a algunos hacer?

—Nadie cruza nadando, Gorgias. Les he visto a todos. Cuando observas el horizonte por tanto tiempo como yo he hecho, puedes verlos a todos perder la fuerza... Perder la voluntad, y ser devorados por el río.

—¿No te queda entonces, sólo resignarte?

—Mi primera caída ha sido a causa de los designios de los dioses. Me niego a que la segunda sea por sus reglas.

—¿Aunque te cueste la eternidad?

—Aunque la eternidad me cueste.

Gorgias admira la determinación de la mujer, y se sienta a su lado compartiendo un momento de silencio. —Tú podrías haber sido salvada.

—Ni todas las riquezas de Troya y Esparta me hubiesen salvado, Gorgias.

—Por supuesto que no. —replica Gorgias. —Es el arte, mi arte, lo que te hubiera salvado. He podido demostrar, a través de mi pluma, la posibilidad de tu redención ante los ojos de Esparta, de Troya y el mundo.

—Imposible —Helena niega con la cabeza ante la insólita premisa de Gorgias, sabiéndose condenada a un destino cruel. —Mi vida nunca estuvo en mis manos, ¿qué podría haber hecho yo para conseguir mi libertad?

—Helena, tesoro del mundo y de los dioses; belleza entre bellezas, permite que yo te ilustre en todo cuanto he logrado, y cuánto más pude llegar a lograr.

Compartiendo la eternidad, Gorgias y Helena discuten sin interrupción. No hay hambre ni sed que les exija un descanso, no hay sueño que perturbe sus pensamientos, ni siquiera las almas que van y vienen les son de interés alguno. Cien, mil, diez mil almas han llegado con Caronte, y Gorgias aún está por mostrar todo lo que sabe a Helena.

—Asegúrote, Helena de Troya. De haber estado ahí, mi retórica habría hecho retractarse de su maldición a los mismísimos dioses.

—Debo decir, Gorgias, que tus palabras me han hecho dudar, aunque ahora no estoy segura si sea obra de tu buen carácter o tu retórica.

—Ambas, por supuesto —afirma Gorgias con orgullo.

—Lamento que de nada importe, gran hombre. La muerte nos ha llegado, y aquí es donde perezco.

Gorgias se levanta, ayudando a Helena a incorporarse también al ofrecerle su mano.

—Volvamos a la fila, pasarás al inframundo.

—No tengo forma de pagar a Caronte.

Gorgias le ofrece sus dracmas a Helena con una sonrisa. —Utiliza estas monedas, pues he comprendido que no las necesito.

—¿No cruzarás, Gorgias? —pregunta Helena con preocupación.

—Por supuesto que cruzaré. Cuando me enfrente a Caronte, haré uso del arte absoluto para que me permita viajar sin un solo dracma; y esa será la demostración final para convencerte de la verdad que hay en todo lo que te he dicho.

Gorgias gira en dirección a la fila y camina con la frente en alto. Helena le observa por unos segundos... pasmada, incrédula, pero con una sonrisa en su rostro. Sostiene con fuerza las monedas que le han regalado, y sigue los pasos de Gorgias.